

¿Una convocación santa o sencillamente una multitud?

Números 1; Éxodo 19.1–6

En el mes tercero de la salida de los hijos de Israel de la tierra de Egipto, en el mismo día llegaron al desierto de Sinaí. Habían salido de Refidim, y llegaron al desierto de Sinaí, y acamparon en el desierto; y acampó allí Israel delante del monte. Y Moisés subió a Dios; y Jehová lo llamó desde el monte, diciendo: Así dirás a la casa de Jacob, y anunciarás a los hijos de Israel: Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí. Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa... (Éxodo 19.1–6).

El libro de Números trata de las actividades de Israel, según lo narra Moisés mientras estuvieron en el desierto. Los judíos llamaban al libro *Numeri*, traducido de la Septuaginta y de la Vulgata latina. El equivalente en nuestro idioma es «Números». Esto es prácticamente debido al hecho de que Dios pidió dos censos (numeración o conteo) del pueblo, mientras estuvieron en el desierto. El primero se encuentra al comienzo del libro y el otro al final de los cuarenta años de vagar por el desierto, justo antes de entrar a la Tierra Prometida. El texto hebreo, sin embargo, utiliza el título «En el desierto» y hace referencia más al contenido general de la orientación de Israel por el desierto hacia el monte Sinaí. El período completo de la peregrinación abarca desde el segundo mes del segundo año después del éxodo de Egipto, hasta el décimo mes del año cuarenta.¹

¹ C. F. Keil y F. Delitzsch, *Commentary on the Old Testament (Comentario sobre el Antiguo Testamento)*, trad. James Martin (Grand Rapids, Mich.: William B. Eerdmans Publishing Co., 1973), 3.1.

Números, entonces, debe ser estudiado junto con Éxodo, Levítico y Deuteronomio, a fin de que todos los viajes por el desierto puedan ser vistos.

En Números, al pueblo había de enseñársele cómo actuar como pueblo, esto es cómo acampar, cómo viajar, cómo luchar y cómo adorar. Todo esto debía ser realizado siguiendo las instrucciones de Dios por medio del liderazgo de Moisés. Dios tuvo que convertir los conceptos y las actitudes del pueblo que se había reunido en el Sinaí, de una multitud recién sacada de la esclavitud en los de un grupo que se consideraba a sí mismo especialmente reunido y llamado por Dios a una convocación santa. Con el fin de captar este concepto, centrémonos en Éxodo 19—24, el encuentro de Dios con Israel en el Sinaí.

Tres meses antes de la historia de estos capítulos, cuando Israel había salido inicialmente de Egipto, habían salido marchando como una multitud. En Éxodo 12.38, Moisés registra que una «multitud de toda clase de gentes» también salió con ellos de Egipto. Incidentes que más tarde se registran a lo largo de Números hacen referencia a este grupo como a «gente extranjera»² (11.4). Esta «multitud de toda clase de gentes» fue una de las principales fuentes de rebelión en Israel. Cuando Israel fue contado en el censo ordenado por Moisés, ellos no fueron incluidos. Parece que la mayoría de ellos quedaron regados por el camino debido a las diversas pruebas durante los cuarenta años que vagaron por el desierto. Cuando Dios comenzó con Israel, comenzó con una multitud; Su deseo

² N. del T.: La versión del autor consigna «*the rabble*» («muchedumbre» o «chusma»).

era convertirlos en una convocación santa. Entre los dos se observa una marcada diferencia.

EL LLAMADO DE DIOS PARA SER SU PUEBLO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

¿Cuál es la diferencia entre una multitud y una convocatoria? El diccionario define «multitud» como un «gran número de personas agrupadas sin ningún orden, es decir, una muchedumbre». Una «convocatoria» se define como «citar, ... llamar a una reunión, una citación». Una diferencia inmediata que podemos observar no es el tamaño del grupo ni la nacionalidad, sino el propósito, o la falta de este, para el cual se reúne el grupo. Puede que una multitud no sepa por qué está reunida. Una convocación de personas tiene un propósito definido. Un ejemplo de esta idea es lo que Lucas registra del alboroto en Éfeso (Hechos 19.23–41). La conversión en cristianos de los adoradores de imágenes creó un impacto económico en la comunidad misma. Demetrio el platero reunió a los obreros. Sus desenfrenados sentimientos se desbordaron al punto que convocaron a todo el pueblo en el auditorio de la ciudad. Lucas usa dos veces la expresión *ekklesia* («concurencia» y «asamblea», Hechos 19.32, 41) y dos veces utiliza la palabra *ochlos* («multitud», Hechos 19.33, 35). La frase clave que muestra la diferencia se encuentra en Hechos 19.32, donde dice: «... y los más no sabían por qué se habían reunido».³ La asamblea rápidamente recibió instrucciones de retirarse cuando se restableció el orden por miedo a quebrantar la ley romana. Habían celebrado lo que se convirtió en una asamblea ilegal. Desde el punto de vista bíblico, fue una multitud desenfrenada, no una convocatoria ordenada.

Cuando Dios reunía a Su pueblo, era siempre con un propósito específico. Dios llamó al pueblo siete veces en Éxodo, Números y Deuteronomio. Dos veces llamó Moisés a Israel, y dos veces los llamó Josué. Todas las asambleas fueron convocadas con razones específicas. En Éxodo 19—24, Dios llamó a Israel con el fin de que se reuniera en torno al pie del monte Sinaí y fueran testigos visibles de Su poder y presencia. Esta visita divina en la cima de la montaña fue para permitir que Israel fuera testigo de la grandeza del Dios al que iban obedecer. En Éxodo 19.9–17, Moisés había de hacer preparaciones para que Dios pudiera ser considerado santo. Se establecieron límites, y sólo a ciertas personas se les permitió acercarse a la montaña. Entre los que

podían acercarse a Dios estaban los dos sacerdotes, hijos de Aarón, Nadab y Abiú. Después de que fueron testigos de tan gran espectáculo como el que presenciaron, uno se pregunta cómo pudieron quebrantar los mandamientos de Dios y ofrecerle fuego extraño (Levítico 10.1–3). La convocatoria de Dios para Israel en el Sinaí introdujo temor y respeto en esa multitud, a fin de que pudieran saber quién era Él y lo que deseaba que ellos llegaran a ser. En Éxodo 19.1–5, Dios llamó al pueblo a que se le acercara y los desafió a ser Su pueblo, a que pasaran de ser una multitud sin propósito a una convocación santa. Éxodo 19.8 registra que ellos aceptaron el llamado a ser Su pueblo y a obedecerle.

Al reflexionar sobre este impresionante espectáculo del que fue testigo Israel en el Sinaí, es difícil pensar en algo similar hoy en día. Se dejaban ver rayos, truenos y humo espeso y una trompeta sonaba fuertemente. Conforme descendía el Señor, la montaña se estremecía. Imagínese estar a los pies de Monte Santa Helena cuando su cumbre explotó. Probablemente y hasta cierto punto, es comparable con lo que le sucedió a Israel. Después de semejante espectáculo, difícilmente podemos imaginarnos a Moisés teniendo algún problema para reunir a los israelitas cada vez que Dios deseaba encontrarse con ellos. Todo lo que tenían que recordar era la primera vez que habían venido a encontrarse con Dios.

Si usted recibiera una citación judicial, reconocería que es una orden de parte de las autoridades, no un frívolo pedazo de papel. Entonces, ¿cómo deben ser tratados los ordenamientos de Dios? Toda citación conlleva el concepto de cumplimiento o de obediencia. Una citación debe ser contestada. Si usted ha estado en una audiencia judicial, fue convocado por instrucciones específicas en el documento que se le entregó. Se le ordenó comparecer ante un tribunal específico, en una fecha determinada y a una hora determinada. De haber ignorado las instrucciones, sabría que un funcionario de la corte aparecería en su puerta para llevárselo por haber hecho caso omiso de la citación de la corte. Habría aprendido, como lo hizo Israel, que el cumplimiento o la obediencia muestran respeto al que expide la convocatoria.

EL LLAMADO DE DIOS PARA SER SU PUEBLO EN EL NUEVO TESTAMENTO

Hemos observado que la palabra *ekklesia* (Hechos 19.33, 41; «asamblea» o «los llamados afuera») puede significar ya sea una asamblea justificada o injustificada. El llamado que Dios les hace a los perdidos es una citación justificada para que se conviertan en Su pueblo (1ª Pedro 2.9, 10).

³ Bruce Metzger, *The Greek New Testament (El Nuevo Testamento griego)*, 3ª ed. (N.p.: United Bible Society, 1975), 494–95.

Dios tiene el derecho a convocar a Su pueblo tan frecuentemente como Él lo considere necesario. Los ejemplos que encontramos en el Nuevo Testamento demuestran que las convocatorias de Dios eran siempre justificadas e importantes. El llamado más frecuente que se registra en las Escrituras del Nuevo Testamento es el llamado a la adoración el primer día de la semana (vea 1ª Corintios 11.23; Hechos 20.7; Hebreos 10.24, 25). En primer lugar, observe que *el propósito de Dios al hacer convocación en la asamblea neotestamentaria guarda un paralelo con Su propósito al convocar a Israel*. No podemos ver a Dios de la misma manera física como se manifestó entre el pueblo en Sinaí. Sin embargo, podemos salir de la asamblea con el mismo sentido de reverencia y asombro que ellos experimentaron. Mire a su alrededor y pregúntese: «¿A quién veo?». ¿Ve simplemente una multitud, o siente que está con la convocación que Dios hace de hermanos en Cristo? Piense en los cánticos que entona. Cuando canta, «Dulce comunión», ¿puede visualizar la comunión entre usted y Dios? Cuando canta «Sublime gracia», ¿puede recordar el día que se bautizó en Cristo? Cuando participa de la Cena del Señor, ¿puede ver a Jesús en el salón con Sus discípulos la noche cuando Él instituyó la Cena? ¿Piensa en Su presencia cuando come del pan y bebe de la copa? Cuando el predicador habla la Palabra de Dios, ¿Cree que Dios está transmitiendo un mensaje por medio de él que se aplica a su vida? Tenemos que salir de la adoración sintiendo que hemos estado con Dios, porque si no es así, ¡no hemos estado adorando en Espíritu y en verdad!

En segundo lugar, *nuestras convocatorias a reunirnos no son opcionales, como tampoco lo fue el llamado de Israel en Sinaí*. Hoy, es una tragedia que muchos miembros del cuerpo del Señor no consideren que la adoración sea una obligación y un privilegio sagrados, sino que más bien la ven como una opción. ¡Hermanos, el Señor jamás ha hecho de la adoración algo opcional! Lea Hebreos 10.24–31. Tampoco es la adoración un mandamiento gravoso. (Lea 1ª Juan 5.2, 3.) Dios no requirió que Israel permaneciera en el monte de Sinaí por mucho tiempo. ¿Cómo puede convertirse el adorar durante unas pocas horas (de las 168 que nos da Dios cada semana a cada uno) en un mandamiento gravoso?

En tercer lugar, *nuestras convocatorias a reunirnos requieren de un cumplimiento y obediencia totales a las instrucciones de Dios*. Israel había de reunirse como una asamblea general. Dos o tres israelitas no podían reunirse separados de la asamblea principal y esperar que Dios estuviera con ellos. Tal vez esté recordando lo que dice Mateo 18.20. Hacia ahí es

exactamente donde se dirige lo que quiero decir. Mateo 18.20 es un versículo del que se abusa cuando los hermanos tratan de aplicarlo a la asamblea de adoración. La idea general de Jesús en el pasaje consistía en un análisis de la ofensa y reconciliación de los unos con los otros hasta el punto en que la disciplina se hacía necesaria cuando el hermano ofensor no se arrepentía ni se reconciliaba. La adoración no era el tema de este versículo. Sin embargo, algunos hermanos han enseñado que este versículo justifica que dos o tres se reúnan y que el Señor está con ellos en tal asamblea. Ciertamente estoy de acuerdo en que si la iglesia del Señor en cierta ciudad la conforman solamente dos o tres cristianos y se reúnen para adorar, entonces el Señor estará con ellos. Sin embargo, a menudo somos testigos de dos o tres reunidos en algún bosque o cerca de un lago cuyo propósito principal ha sido el recrearse y no la adoración. ¿Dónde nos autoriza Dios para *no* congregarnos con los santos?

La obediencia demuestra respeto al que hace el llamado. Israel obedeció (por un tiempo) todo lo que Dios había ordenado. En Hebreos 12.18–29 se aprecia de forma resumida todo lo que Israel experimentó en el Sinaí. No se escribió con el fin de hacer entrar a alguien al reino por temor ni para causar temor a Dios en la adoración. Se escribió con el fin de recordarnos las grandes bendiciones presentes en el reino. Hemos sido llamados a formar parte de una gran asamblea y comunión con Cristo. Pablo se refirió todavía más a la experiencia vivida en el Sinaí cuando escribió 2ª Corintios (vea 2ª Corintios 3.7, 8, 17, 18). Conforme Moisés pasaba tiempo en la presencia de Dios en la cima del monte Sinaí, su aspecto físico cambiaba. Su rostro resplandecía tanto que, cuando descendió adonde estaba el pueblo, tuvo que colocarse un velo sobre su rostro. Esa gloria disminuía gradualmente hasta que pasaba más tiempo en la presencia de Dios. Pablo hace una comparación de ello con nuestra permanencia en Dios por medio de Cristo. A medida que leemos Su Palabra (lo cual incluye adoración), tenemos comunión (lo cual incluye adoración) y experimentamos a Cristo en nuestras vidas (lo cual incluye adoración), somos cambiados en esa misma gloria.

CONCLUSIÓN

Cuando piensa en su relación con Dios, ¿se considera parte de Su pueblo santo o simplemente una cara más entre la multitud? Dios le está entregando una citación ahora por medio de Su Palabra. Lo está llamando para que sea Su hijo. Algún día tendrá que comparecer delante de Él en la convocación del juicio (2ª Corintios 5.10). ¿Será Él su Salvador o su Juez?